Efraín Subero

Matarile

(Poesía para niños)

1952-1966

Ilustrado por Hanneke Wagenaar

República Bolivariana de Venezuela
Fundación Editorial
el perro y la rana

MISIÓN
cultura • Venezuela
¡Corazón adentro!

© Efraín Subero
© Hanneke Wagenaar
© Fundación Editorial El **perro** y la **rana**, 2018 (digital)

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

Correos electrónicos
atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales
Twitter: @perroyranalibro
Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana

diseño de colección: Mónica Piscitelli
edición al cuidado de: Ybory Bermúdez
David Herrera
Alejandro Moreno

ISBN: 978-980-14-4334-6
lf: DC2018001939

Matarile

(Poesía para niños)

1952-1966

MISIÓN
cultura venezuela
¡Corazón adentro!

Fundación Editorial
el perro y la rana

Efraín Subero

Matarile

(Poesía para niños)

1952-1966

Ilustrado por Hanneke Wagenaar

Presentación

Un suelo latinoamericano fecundado de caraotas y cacao es el cimiento sobre el que se levanta el imaginario de los niños y niñas venezolanos. El lugar en el que aún se escuchan las voces trovadoras que relatan las leyendas de espantos y aparecidos de nuestras montañas y llanos. En este espacio inagotable de imágenes y ritmos nació una colección que viene a contener como cuenca-pergamino la pupila ansiosa de la niñez venezolana.

Nuestros cultores vienen a relatarnos un cuento, ¿quieres que te cuenten uno? No, no solo es el del sol girando sobre el lomo de un morrocoy haciendo del día y la noche una certeza; no, no es únicamente de cómo el brote del agua desde un tronco del tepuy creó espacios cálidos y marinos en este paraje de trompos, perinolas y gurrufíos. Relatarán cómo se pintan angelitos negros, cuál es ese espectro que silva, cómo se vende un gallo, que no es el mismo gallo pelón.

La serie Amarilla (de 0 a 7 años) es delicada firmeza sobre la que los más pequeños dan sus primeros pasos hacia las letras.

La serie Azul (de 7 a 12 años) es invitación a nuevo horizonte para echar a volar imágenes como papagayos.

Y la serie Roja (de 12 en adelante) toma la mano de quienes con amor a la lectura han decido que esta les acompañe a nuevas peripecias.

A mis pequeños hijos
Jesús Manuel,
Efraín José,
Liliam del Valle
y Argelia Carolina,
herederos de mi poesía.

...¿Y qué nombre le pondremos?
Le pondremos Matarile.
¿Y qué nombre le pondremos?
Matarilerilerón.

Del folklore infantil

Fuga de papagayos

La lavandera

Chiqui chuás
Chiqui chuás
Chiqui chuás...

—Dame la espuma
de tu batea;
¿ah, Timotea?

Chiqui chuás
Chiqui chuás
Chiqui chuás...

—¿Cuando chiquita
tú eras bonita
o eras fea?;
¿ah, Timotea?

Chiqui chuás
Chiqui chuás
Chiqui chuás...

Está enfermo el abuelito

—Está enfermo el abuelito;
ya casi no puede hablar.
Mamá lo dijo, pasito,
y luego rompió a llorar.

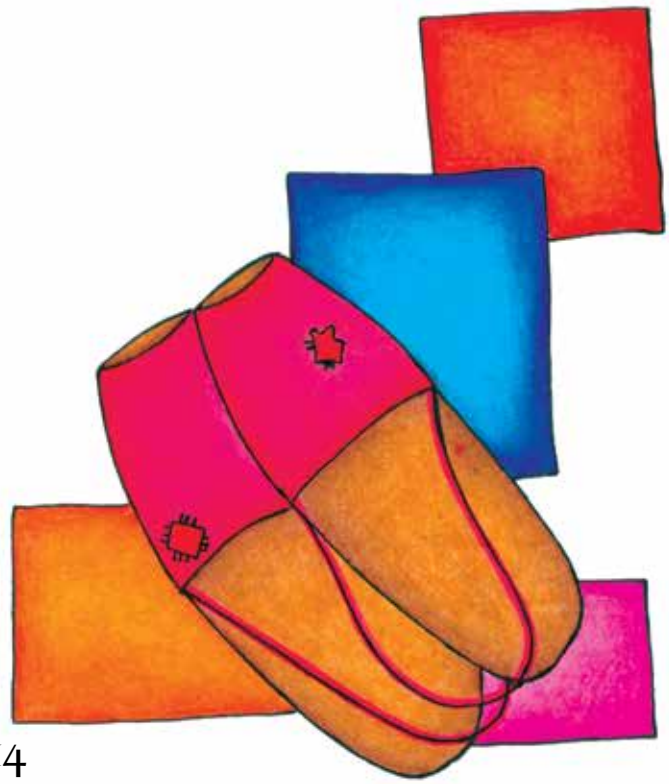
Está enfermo el abuelito.
Yo quiero verlo mejor.
¿Cuánto tiempo necesito
para llegar a Doctor?

Pregonero

Va un conejito corriendo
con las alpargatas rotas
todas las tardes del día.

Sobre la sombra de un árbol
y en un banco de cemento
que tiene un año de largo
hoy fui temprano a esperarlo.

¡Ay!, pero vino la lluvia;
y el pequeño pregonero
en vez de vender noticias
se puso a vender sombreros.



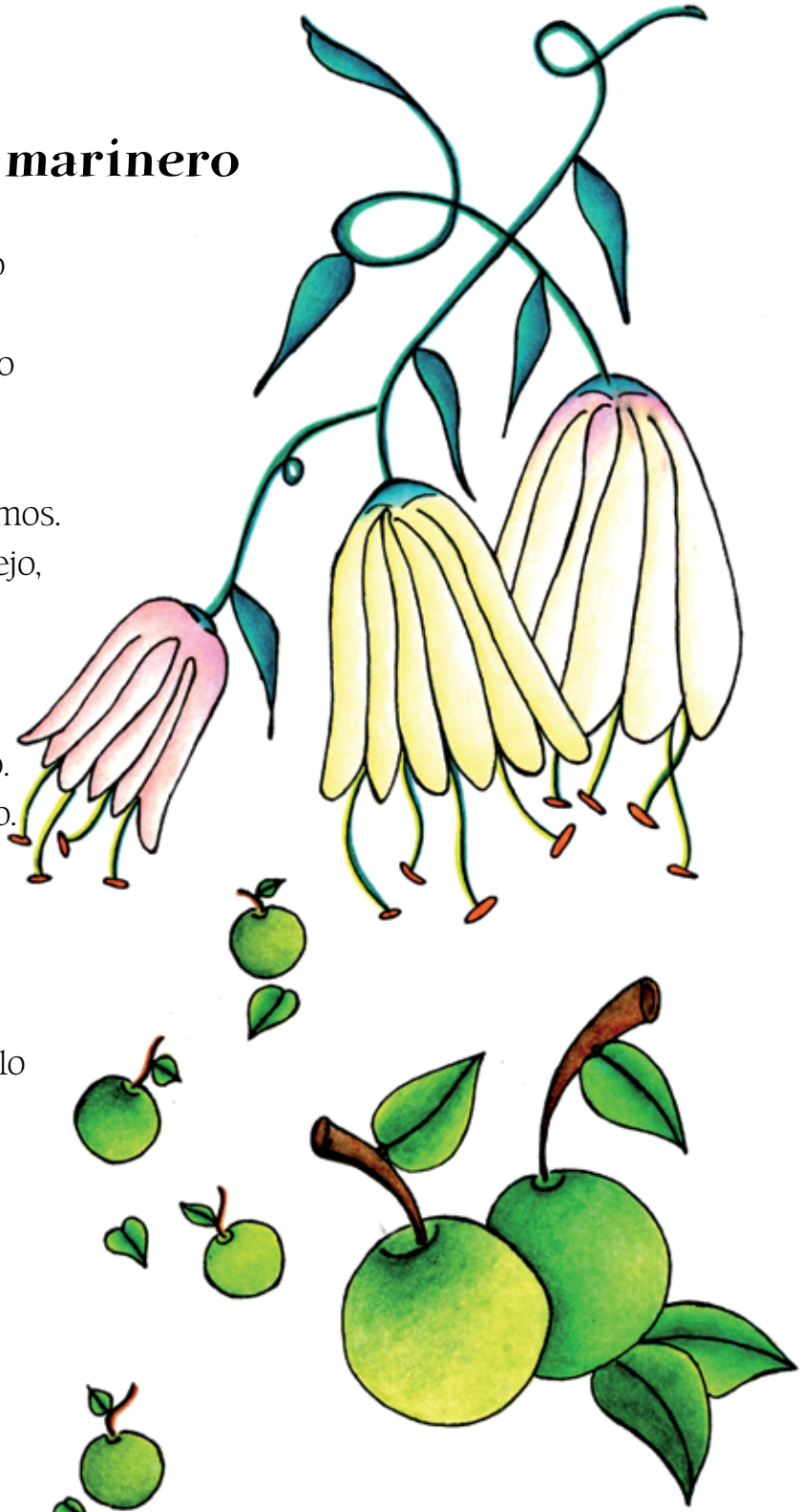
Pango, el viejo marinero

Vencido como un madero
en el tajamar del puerto,
con triste lastre de tiempo
anda Pango, el marinero.

Pasó el tiempo, y no lo vimos.
Pango se fue haciendo viejo,
pardo billete de arrugas
le oscureció el entrecejo.

Ahora no está navegando.
La plaza en su fondeadero.
La piedad municipal
lo convirtió en jardinero.

Pero siempre mira arriba
buscando viento en el cielo
para su pequeña flota
de lirios y limoneros.

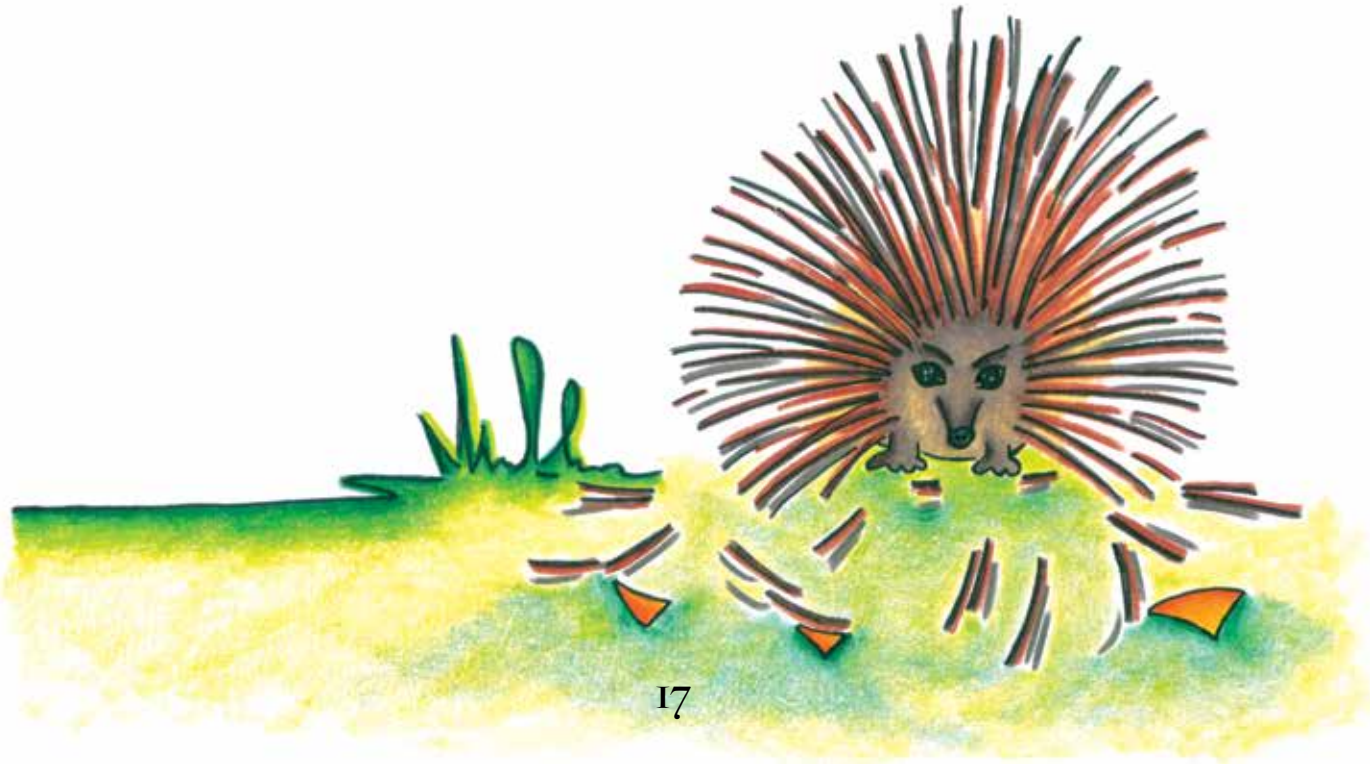


De la mano hacia la escuela

La madre lleva
a su niño
de la mano
hacia la escuela.
El gallo los ve
y se corta
apenado
las espuelas.
Quiebra el puerco espín
sus puyas
y el pez espada
su espada.
La serpiente
rompe el vaso
donde guardaba
el veneno.
El tigre
cambia sus ojos
y se recorta
las garras.
Baja el león
la cabeza,
y su amiga
la jirafa,
allá en lo alto

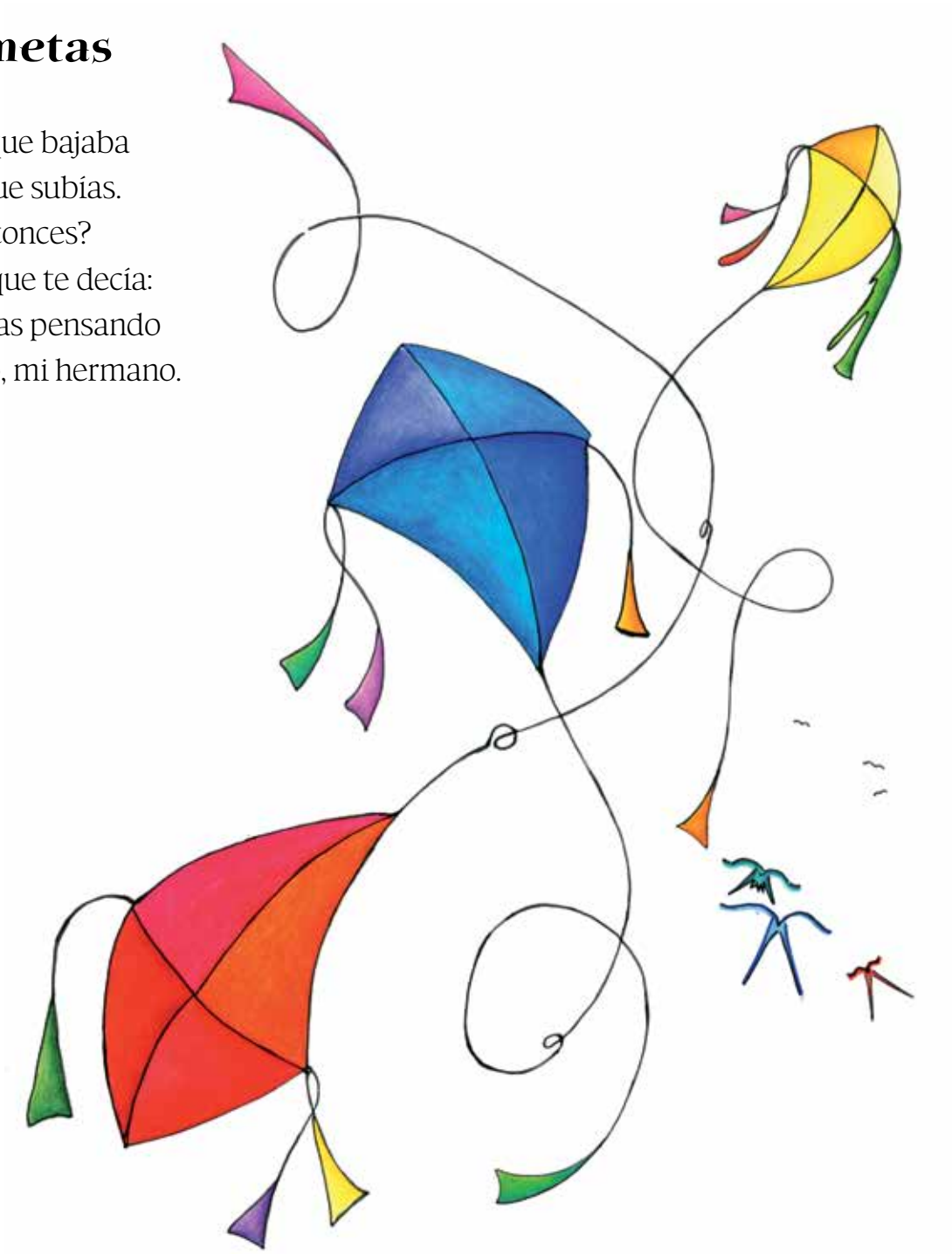
se cubre
los ojos,
avergonzada.

La madre lleva
a su niño
de la mano
hacia la escuela.
La mañana
estrena alegre
su vestido
de maestra.



Cometas

—Yo que bajaba
y tú que subías.
—¿Entonces?
—Lo que te decía:
no sigas pensando
en eso, mi hermano.



Humo

Caballo de la brisa,
cuánto dieras
por despeinarte siempre
sobre un rancho.

Muñequita

Mi muñequita
de bucles negros
quedó dormida
sobre el sofá;
tiene una cuna
grande, muy grande:
es el sombrero
de mi papá.

Mi muñequita
de bucles negros
cuando despierta
llora de pena:
la maestra dijo
que las muñecas
son muy pequeñas
para la escuela.

Mi muñequita
de bucles negros
que está dormida
sobre el sofá,
es muy pequeña,
no va a la escuela
pero ya sabe
decir mamá.

Aguja

A la una
mi niña
se me puso
a llorar
pues Finita
—su aguja—
se cayó
en el pajar.

No llores más,
mi niña,
¿por qué vas
a llorar?
Finita es
una lágrima
que se cayó
en el mar.

Reloj de pared

Tan solo como una O
que quedó sin compañía,
pugna en su melancolía
por dejar oír su voz.

Lluvia

Llueva,
que la lluvia no es solo
agua en desvelo.
Es
sangre descolorida
que brota de una herida
que no se ve en el cielo.

Bandera

Una gaviota tricolor
picotea bulliciosa
la cruceta del mástil.

Estrella marina

Un ancla de cinco puntas
—que reventó la cadena—
naufragó muy asustada
sobre su mano de arena.

Cayuco

Hoy, de regreso
la balandra acaricia
al hijo, en el costado.

Brisa

A la bandera le van halando
el cabello hacia atrás,
y al trespuño
lo van empujando hacia delante.

Atarraya

En la puerta de su rancho
—sin ser fiesta nacional—
una bandera salada
iza “el negro” Luis Beltrán.

Calma chicha

Al mar sin oleaje
le hicieron cosquillas
espigas de brisa.

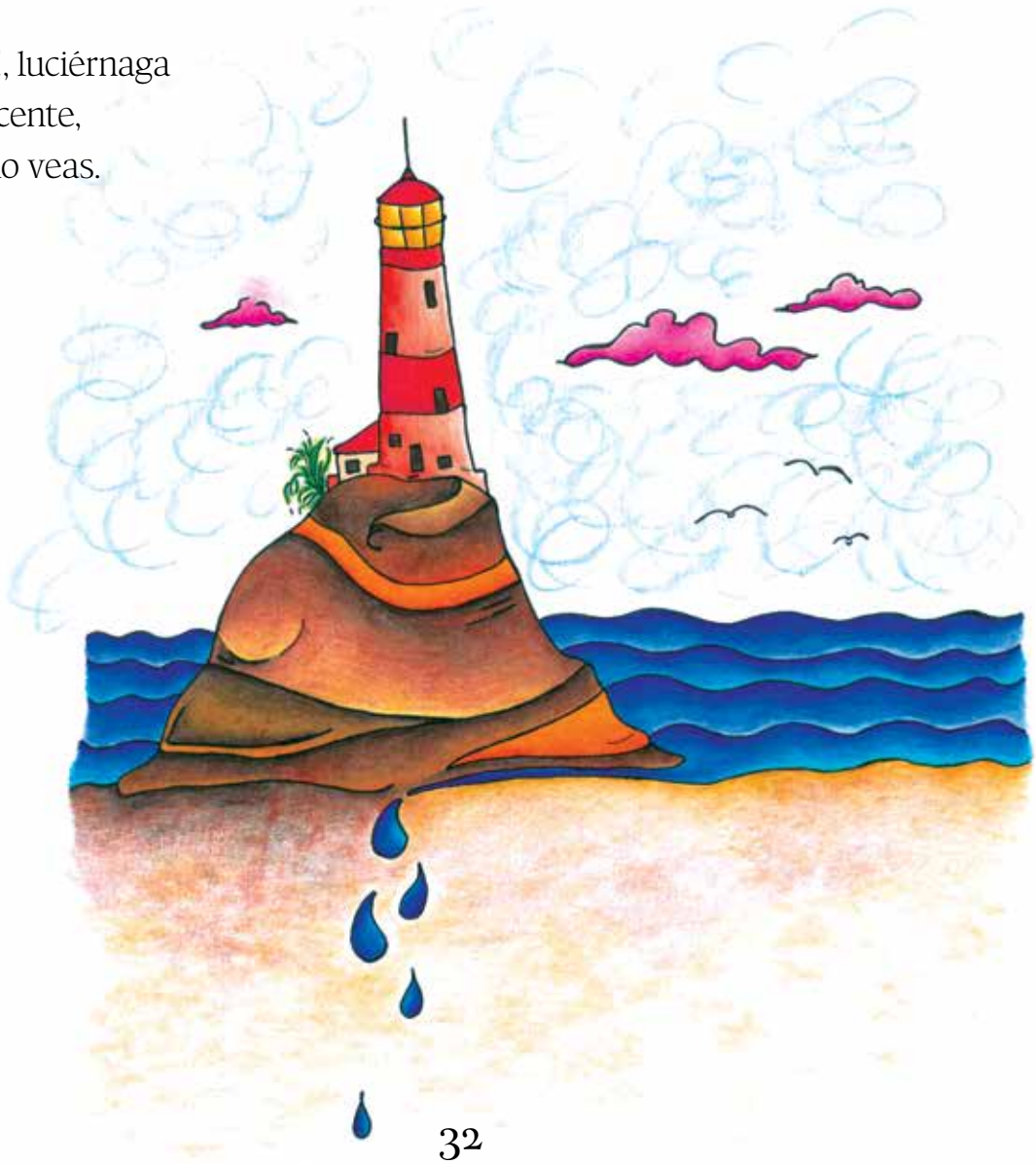
Luna del puerto

Cubriendo con toldos de oro
el agua, en la oscuridad,
la luna rompió el velamen
y anda náufraga en el mar.
Pobre luna marinera.
Ahora a nadar. ¡A nadar!

Faro

El ojo
rojo
del cerro
parpadea.

¡Ay!, luciérnaga
inocente,
no lo veas.



Botecito de hojalata

Mi botecito de hojalata
va a navegar,
y puede ir muy lejos:
hasta alta mar.
Lleva dos pasajeros
que han de pagar:
una lata vacía
y agua del mar.

(Un caracol que quiso
ser capitán,
puso su pie en la borda...
¡y chuplún!... ¡al mar!).

Las tres barquitas

"La Pinta",
"La Niña",
"La Santa María"
eran las barquitas
que Colón traía.

La Pinta

Inflados pómulos blancos,
melodía entre las cuerdas.
—Hoy es el 12 de octubre.
—Amiguito: ¿no te acuerdas?

La Niña

Inmenso pañuelo blanco
por cuatro puntas atado.
El mar sin viento, ¡qué malo!,
no deja andar a "La Niña".

La Santa María

—¿En dónde estaba Cristóbal
cuando el 12 amanecía?

—Jugando con su esperanza
sobre “La Santa María”.

“La Pinta”,
“La Niña”,
“La Santa María”
eran las barquitas
que Colón traía.

Canción de cuna

Duerme, mi niño, duerme.
La noche ya no puede
con el peso de las estrellas
y encallará en la húmeda
arena de la playa.

Entonces despertarás
para que mires,
sobre la blanca orilla, los luceros
que un gran mago invisible
convirtió en caracoles.

Ruego al Niño Jesús

—Mamita: voy a hacerle
un papelito
al Niño Jesús
para pedirle
un hermanito.

—¿Y si te diera
un avioncito?
—Un hermanito
quiero yo.

—¿Y si te diera
un vestidito?
—Un hermanito
quiero yo.

Niño Jesús,
Niño bendito,
un hermanito
quiero yo,
bien rosadito,
bien bonito,
tal como tú
mi Niño Dios.

Cancioncilla de Navidad

Era pequeño,
tenía
como siete años de sueño.
Y más todavía.

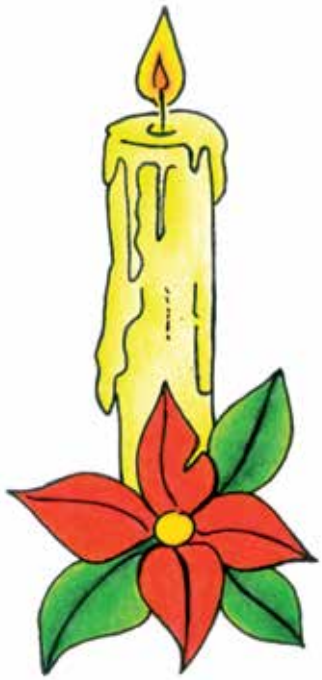
Llegaba la Navidad,
y tenía
como una gran ansiedad.
Y más todavía.

El papelito arrugado
donde decía
al Niño Dios su recado,
¡cómo enviarlo no sabía!

—II—

Juan pidió "un buey con su pelo"
y Pedrito un papagayo
que corriera por el cielo
como un rayo.

—Una muñeca —dijo Ana—
que se duerma y se despierte;



y por el frío, tan fuerte,
con su abriguito de lana.

—III—

El cielo estaba alumbrando
con sus luces amarradas,
y los cocuyos gastando
sus pilas por toneladas.

El mar estaba intranquilo
esperando que naciera
y lucía en la ribera
blanco vestido de hilo.

(Y él con su papelito
y sus siete años de sueño,
descalzos los piececitos
deseando un carro pequeño).

Por fin lo venció la noche
y le amarró las pestañas.
Soñó con cosas extrañas:
dulces, leche, cuna, coche...

Y así fue hasta que nació
el Niño con las campanas.

El burro al fin rebuznó,
la estrella abrió sus ventanas.

—IV—

Él también abrió las suyas...

—V—

Era bonito.
Tenía,
¡este tamaño!, el carrito.
Y más todavía...

Villancicos

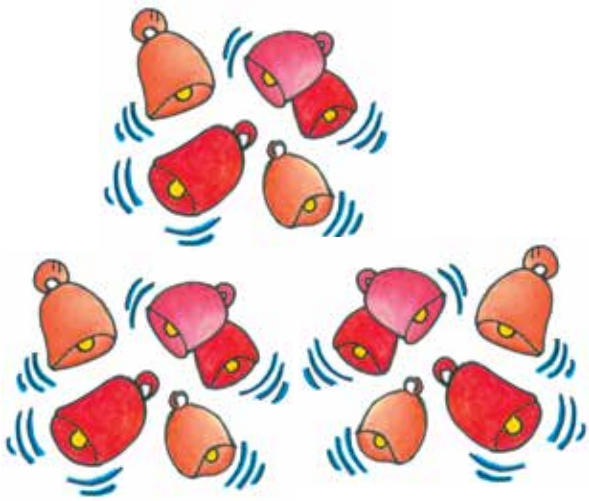
El cielo apagó sus luces
y dejó una sola estrella
que alumbró la faz del Niño
y por eso es la más bella.

El Niño sonríe a la rosa,
la rosa sonríe al clavel,
San José sonríe a la Virgen
y la mula sonríe al buey.

Los Reyes dejan la mirra,
la abeja deja su miel,
el pastor deja un cordero,
la rosa deja el clavel.

La espiga ofrece su pluma
feliz de poderlo hacer;
el cardón, a sus espinas,
no encuentra dónde esconder.

El burrito está callado:
el Niño durmiendo está.
Es de noche y sin embargo
hace tanta claridad.



Repican las campanitas
y el repique es tan sonoro
que si no fueran de lata
dijera que son de oro.

Y el río sueña esta vez
que trae piedras preciosas:
sabe que por fin las cosas
no le saldrán al revés.

Nadie siente el corazón
porque con tanto sentir,
ha quedado sin canción,
mejor dicho, sin latir.

—Cuando Jesús se despierte
—dice en su rama un turpial—
que no lo salude nadie.
Yo lo voy a saludar.

Y mientras triza el cristal
del canto con su voz leve,
sobre los techos del pueblo
las nubes juegan a nieve.

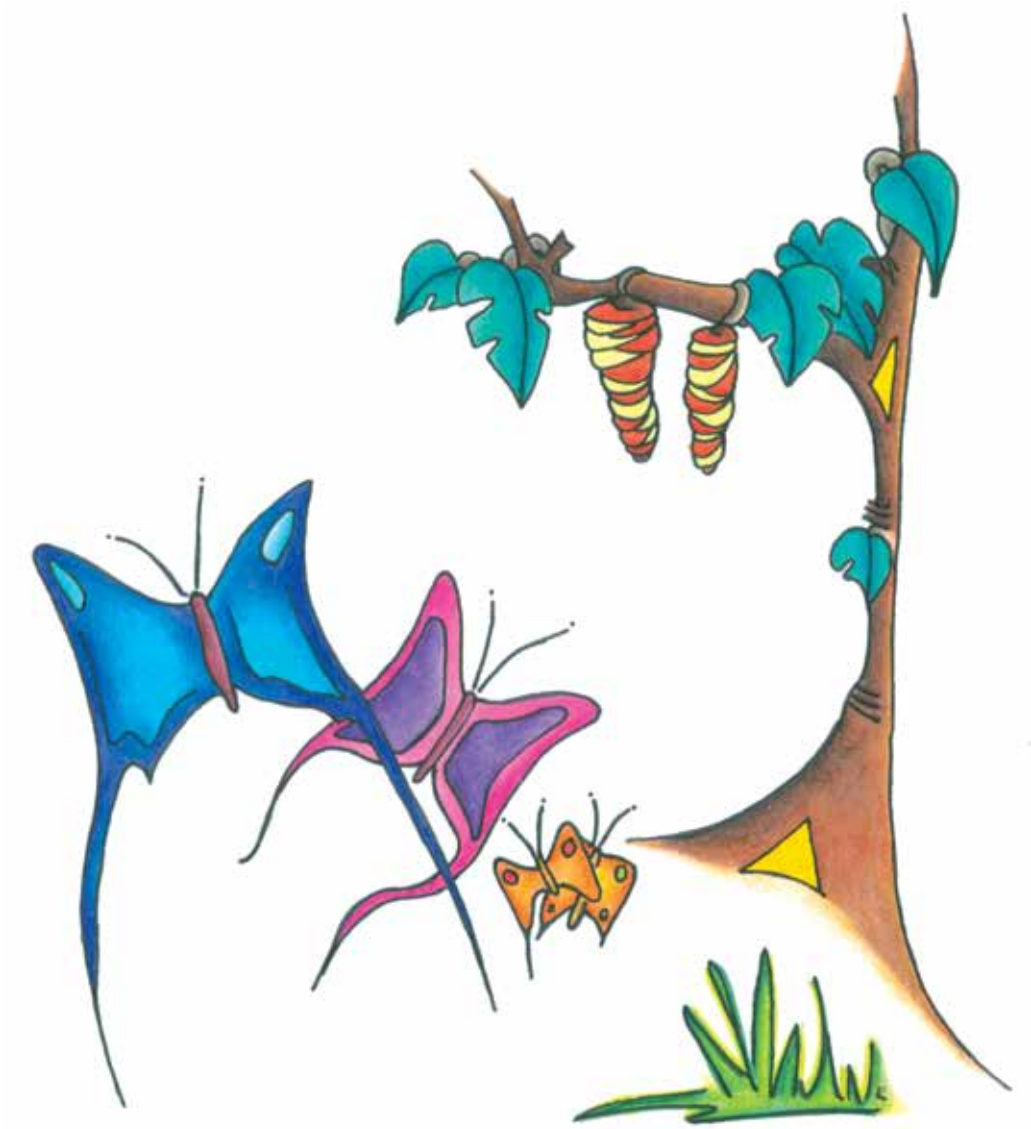
Jardín zoológico

Nasa

Pajarito del fondo
solloza el prisionero,
tras barrotes de alambre
la ausencia de un lucero.

Amor

Bah... Bah... Maripositas tontas.
¿No les decía que los dobles
nada tenían que ver con los capullos?



Canción del pollito

Una casita de plumas
he venido aquí a buscar
para dársela a un pollito
ronco ya de tanto piar.

—Házmela tú, gallinita,
que bien la sabes hacer.
Quizá después que él se cure
te sirva para poner.

¡Ay!, cómo tiembla el pollito.
De aquí se le ve el temblor.
El Niño Jesús, dormido,
tal vez sueña que hace sol.

No te morirás, pollito.
Ya tienes mamá y hermanos...

(A la gallinita clueca
le está besando la mano).

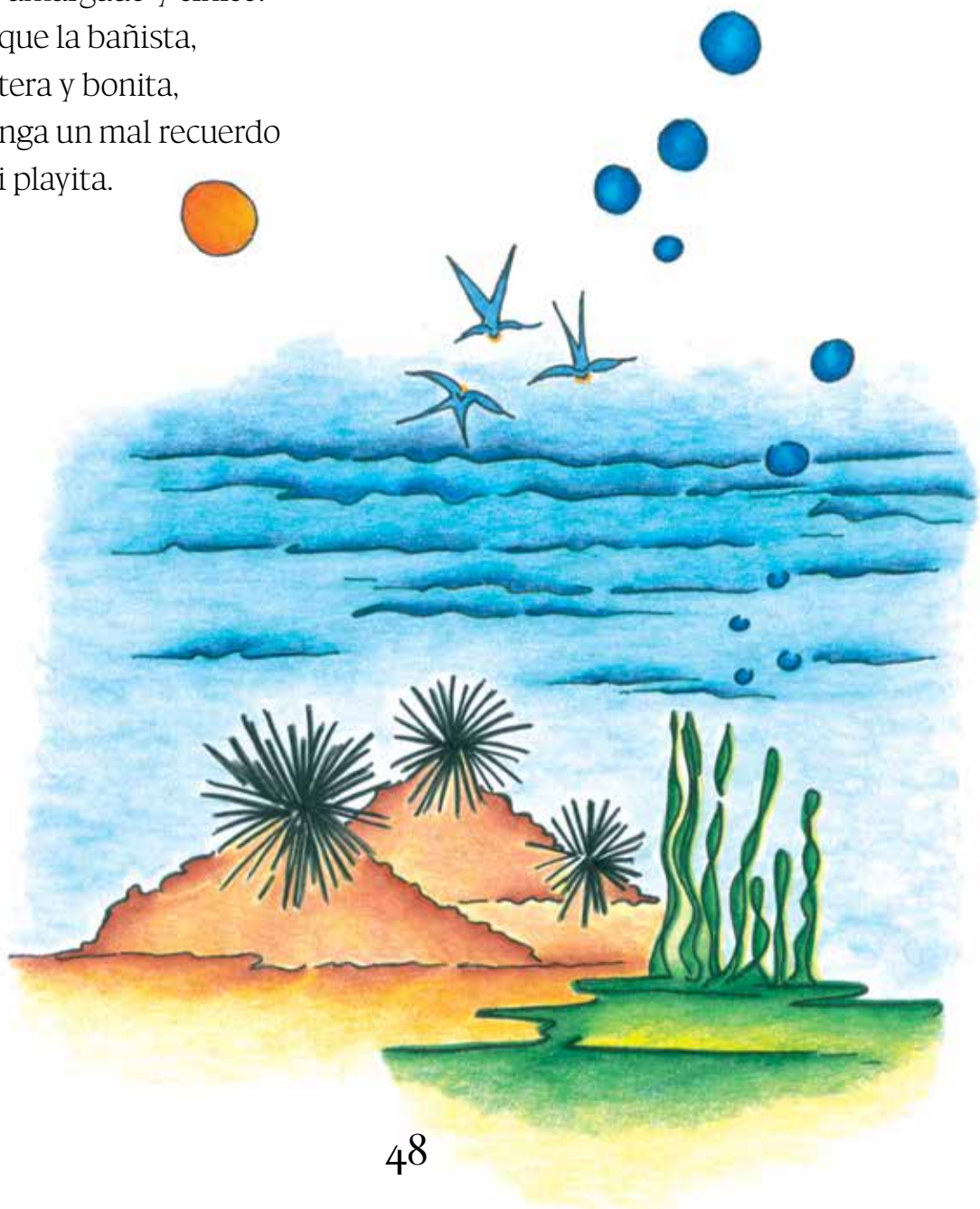
Ostra

La perla insomne
se dio vueltas y vueltas
en su sábana blanca.

Trasnochada y abierto
el entorchado abrigo
la encontró esta mañana,
un muchachito que jugaba en la playa.

Erizo

Puerco espín de la costa.
Viejo amargado y cínico.
Deja que la bañista,
forastera y bonita,
no tenga un mal recuerdo
de mi playita.



Gatico

Con sus botas barcinas
el gatico camina
sin hacer ruido.

El morrocoy

—Morrocoy: saca la cara.
Ponte a mirar la mañana.
Mira la selva cercana.
Oye los pollitos piar.

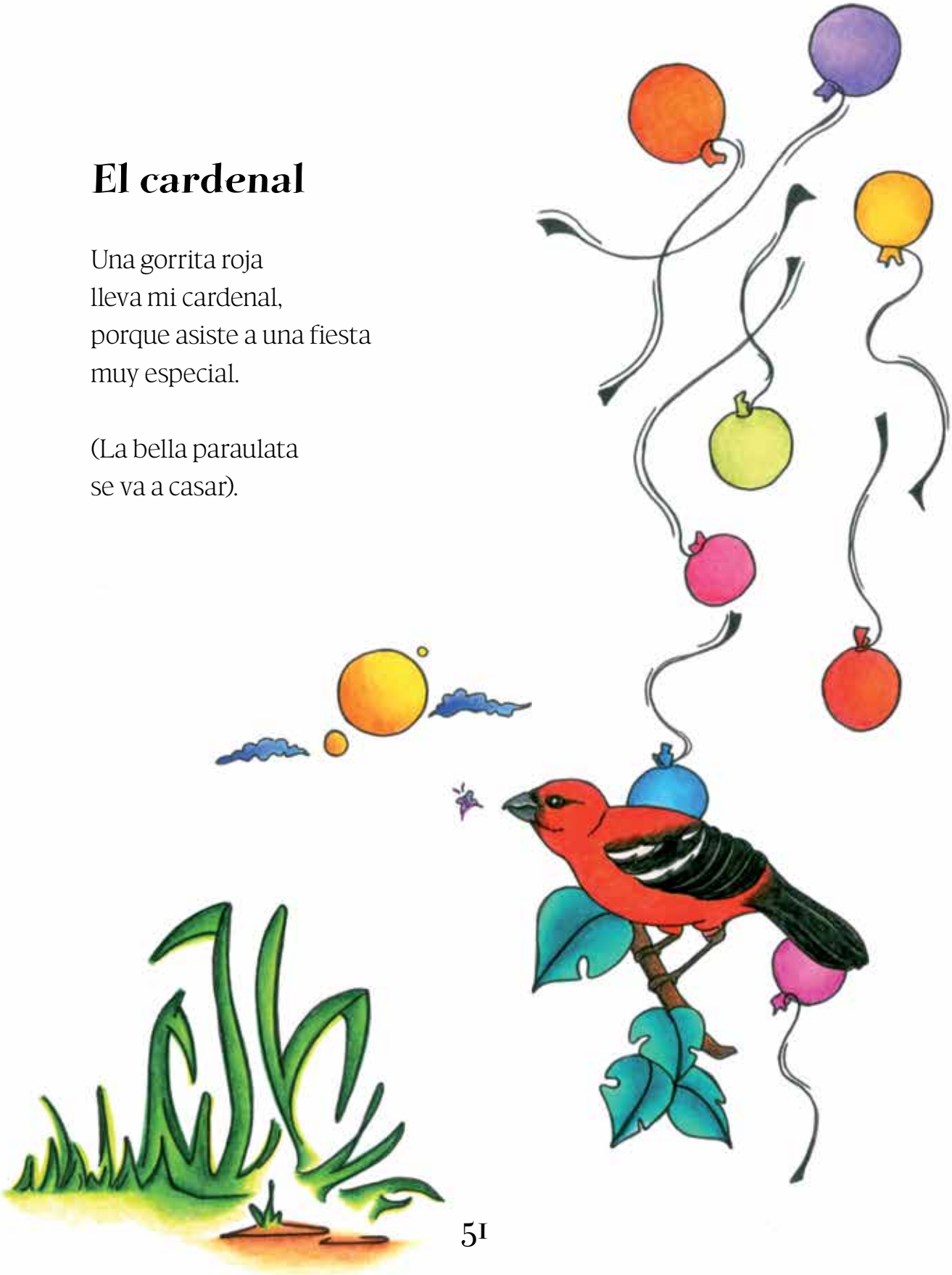
Lava tu vestido sucio,
caballero dormilón.
Cómprate un real de jabón
y te vas para el riachuelo.

Te pondrás faramallero,
caballero dormilón.

El cardenal

Una gorrita roja
lleva mi cardenal,
porque asiste a una fiesta
muy especial.

(La bella paraulata
se va a casar).



El becerrito

Chiquitico,
chiquitico,
el becerrito.

Le amanece en las orejitas
un pedacito de la noche.

Salta,
corre ligerito,
el becerrito.
Se va haciendo un hombrecito,
para cuidar a la vaquita,
ya viejita.

Se va haciendo un hombrecito,
muy faramallerito,
el becerrito.

Animalitos de azúcar

—¡Un jardín zoológico!
—¡Son de menta y son a locha!

(Con dulces en la bandeja
va Ramón, el vendedor;
su pregón al aire, deja
un mensaje de dulzor).

—Perro, toro, chivo, venao,
conejo, elefante, jirafa... ¡ñau!...
¡Un jardín zoológico!

(Con dulces en la bandeja
va Ramón, el vendedor,
al niño pobre le deja
de gratis, dulce y amor).

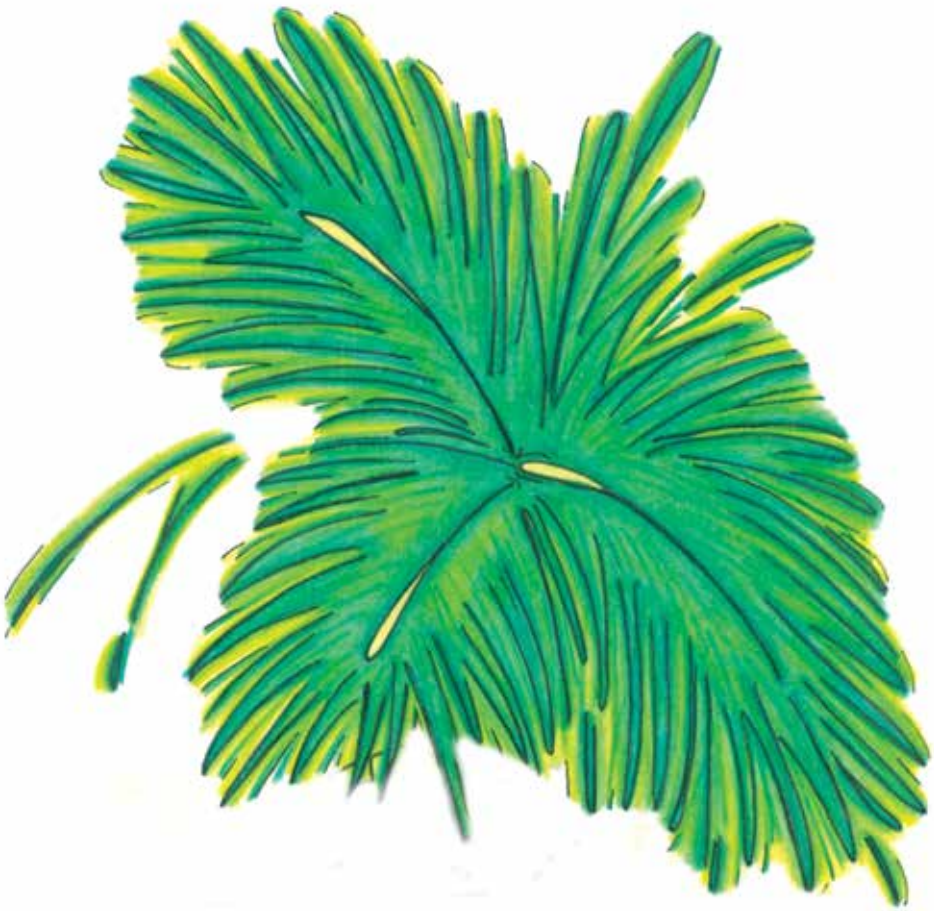
—¡Un jardín zoológico!
—¡Son de menta y son a locha!

(Con su bandeja de dulces
va Ramón, el vendedor.
No son a locha. Mentira.
No tiene precio el amor).

Jardín botánico

Palma

Qué va, palma.
Qué va.
Siempre te quedarás
a mitad de camino.



El cují

Pobre cují, de contino
te noto tan descuidado.
—¿Estás enfermo, hechizado?
—¿Por qué estás triste, vecino?

¿Acaso es que con tus uñas
se hirió algún niño al pasar
y te encuentras conmovido
porque lo oíste llorar?

Pobre cují, viejo amigo,
él te sabrá perdonar.

Hoja

Caerás, hoja, caerás.
Entonces y no más
ala del viento,
mariposa cautiva.
Serás
un pétalo que cruje
como una bisagra
cuando el hombre lo pisa
con su pie irreverente.

Aférrate a tu árbol
posada de los pájaros,
raudal de sombra buena sobre el mundo.

Pino

El viento hace nudos verdes
que la ardillita desata
con sus dienticos de rata.

Pino:
largo y angosto camino
a medio hacer en el cielo.

Poemitas geográficos

Promontorio

¡Oh, qué inmensa tortuga,
mamaíta!
Parece que no se puede ir,
la pobrecita.

Delta

¿Todavía no lo adivinas?
Mal adivinador serás:
son los dedos de la mano
que el río tiende a la mar
y que esta, mal educada,
nunca ha querido estrechar.

Archipiélago

Ahí va una pata
con sus paticos.
—¿Pero no nadan?
Siempre los miro
en el mismo sitio.

Istmo

La isla se iba de viaje
y se quiso despedir.
Pobrecita, pobrecita,
ahora no se podrá ir.

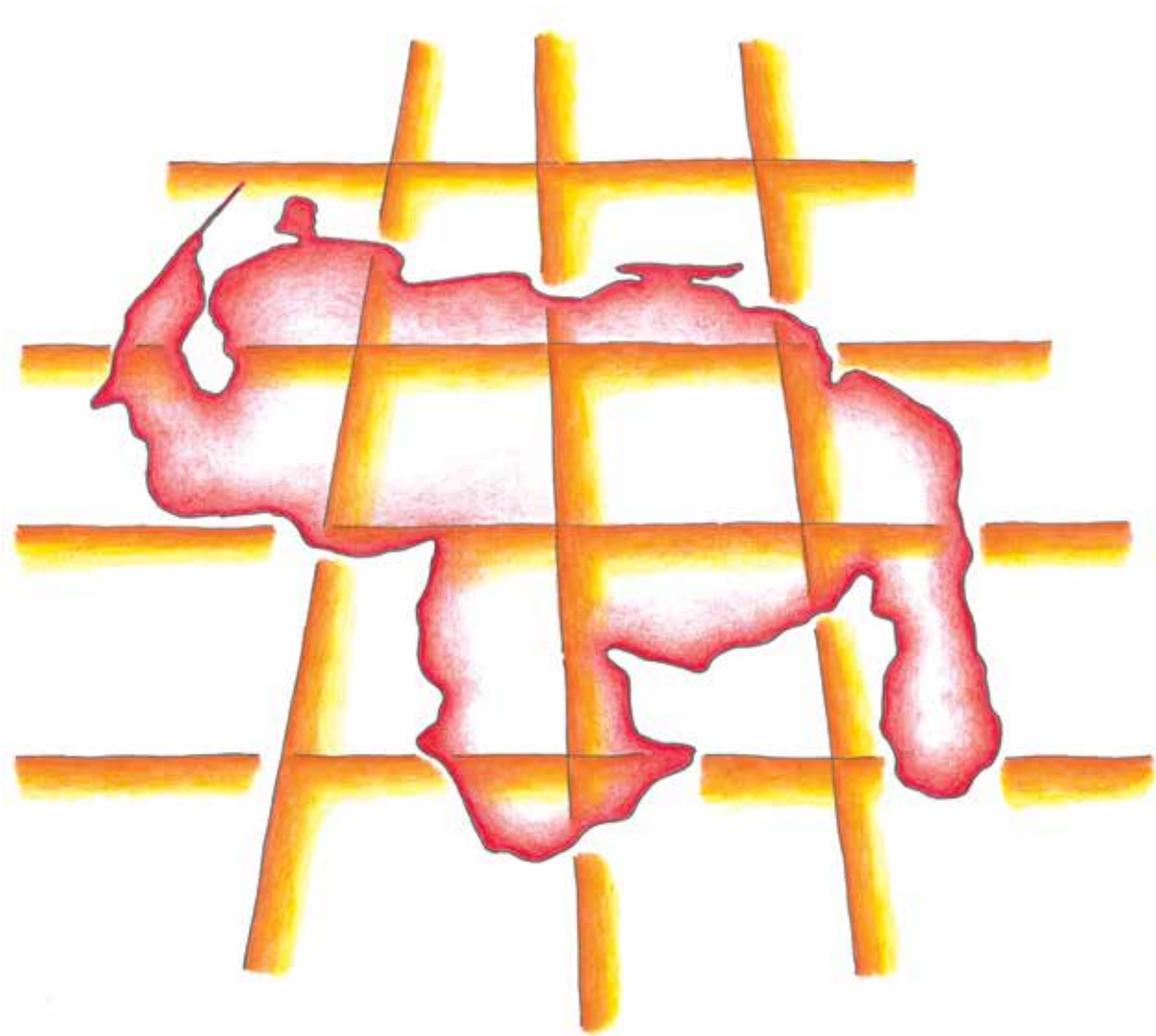
Cerros

—¿No te aturde la gloria de tu vecino
que se empina de orgullo, pues de contino
le presta su peluca de anciano, el cielo?

—Por la tarde se acallan todos mis celos.
Los niños complacidos, desde mis hombros,
a la ciudad la toman por los cabellos.

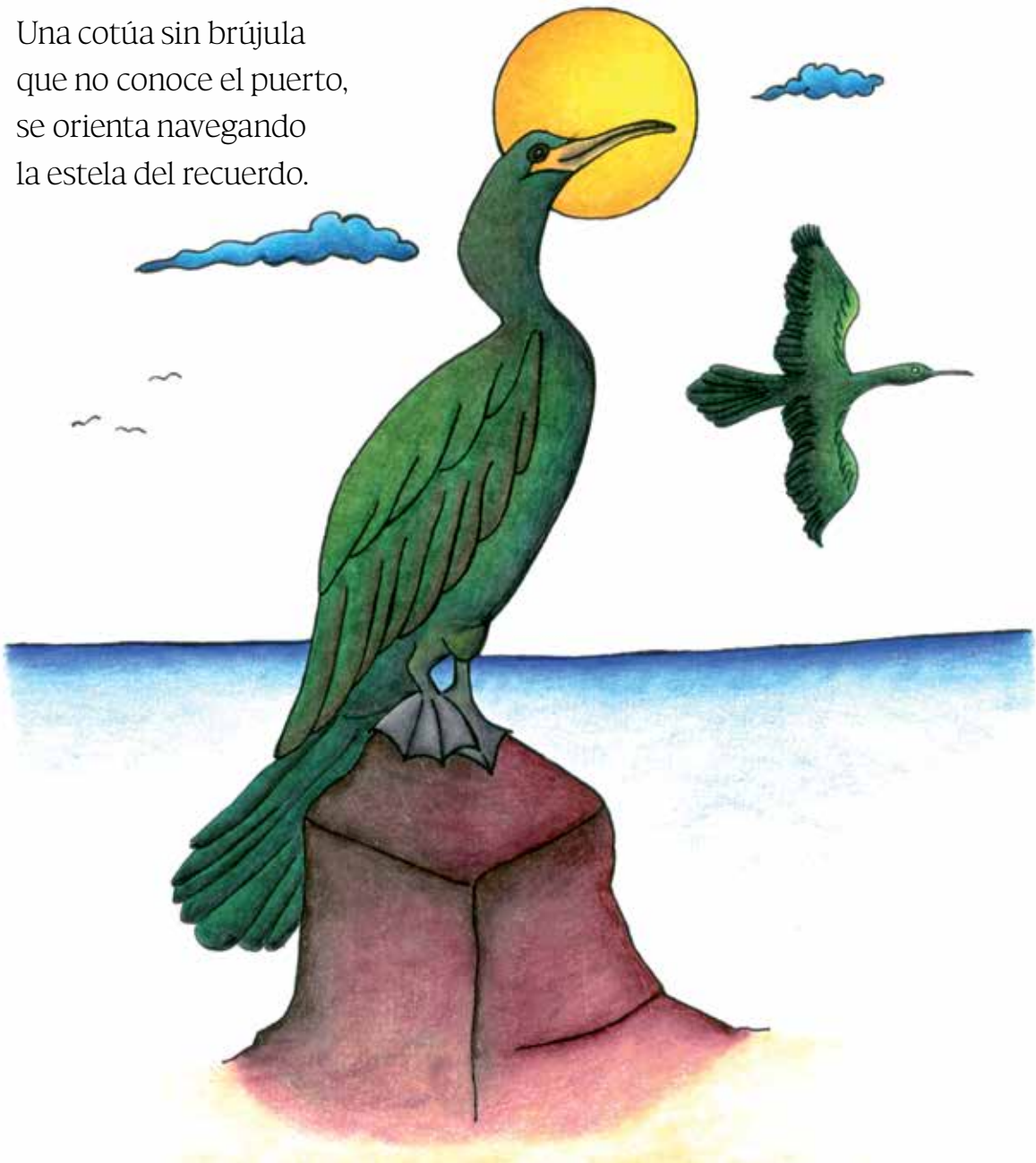
Mapa

En el patio de la escuela
—los ríos corriendo al revés—
Pedrito hizo a Venezuela
¡pero qué pequeña es!

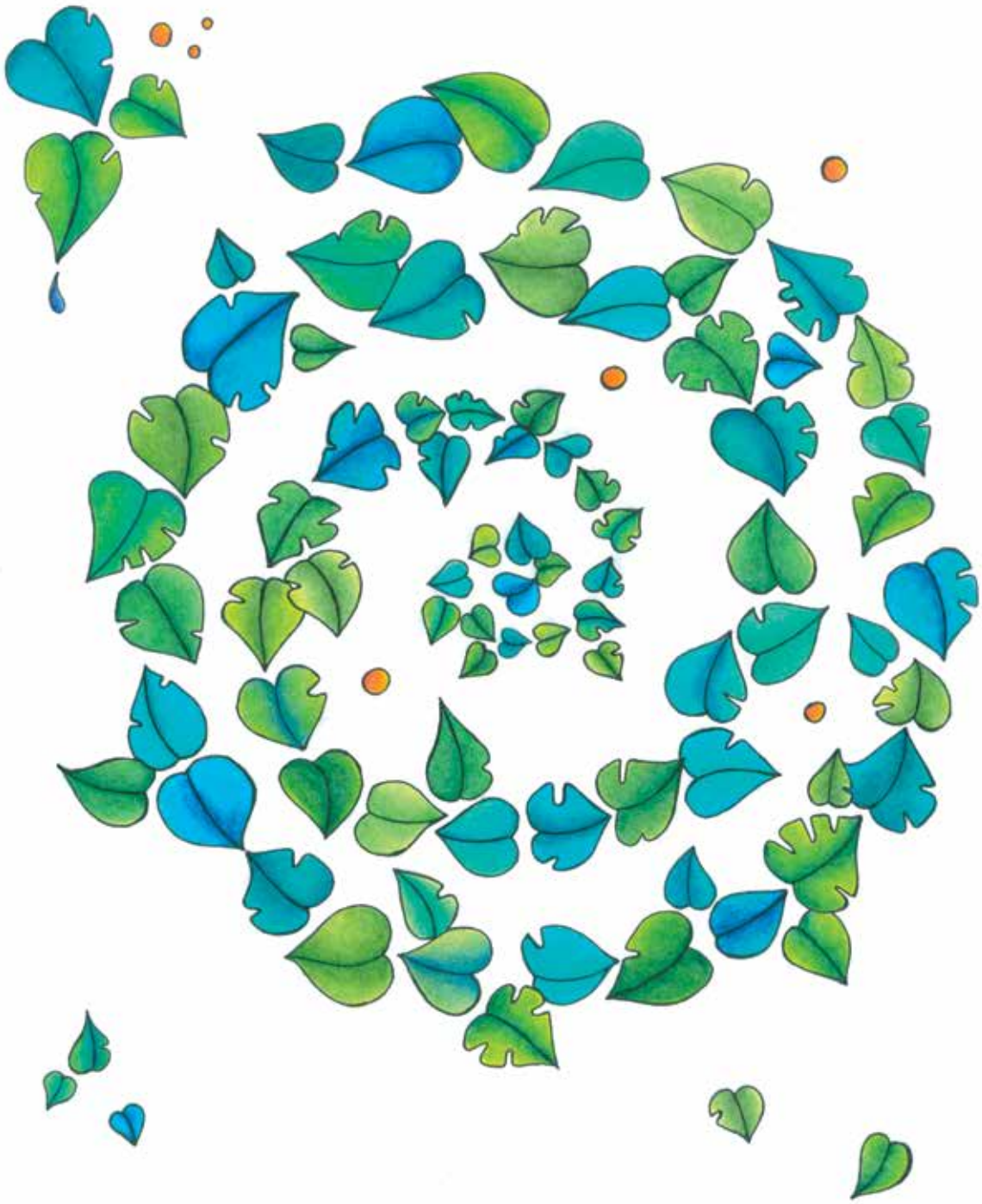


Travesía

Una cotúa sin brújula
que no conoce el puerto,
se orienta navegando
la estela del recuerdo.

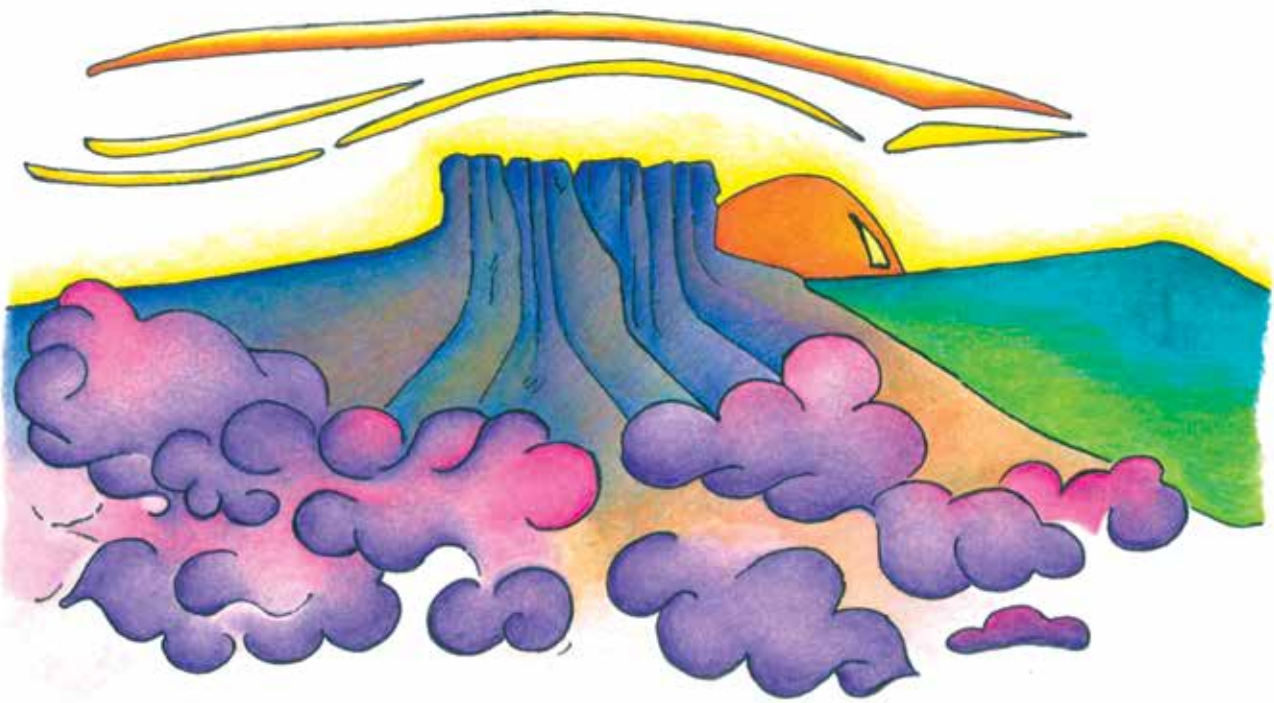


Ciclo sideral



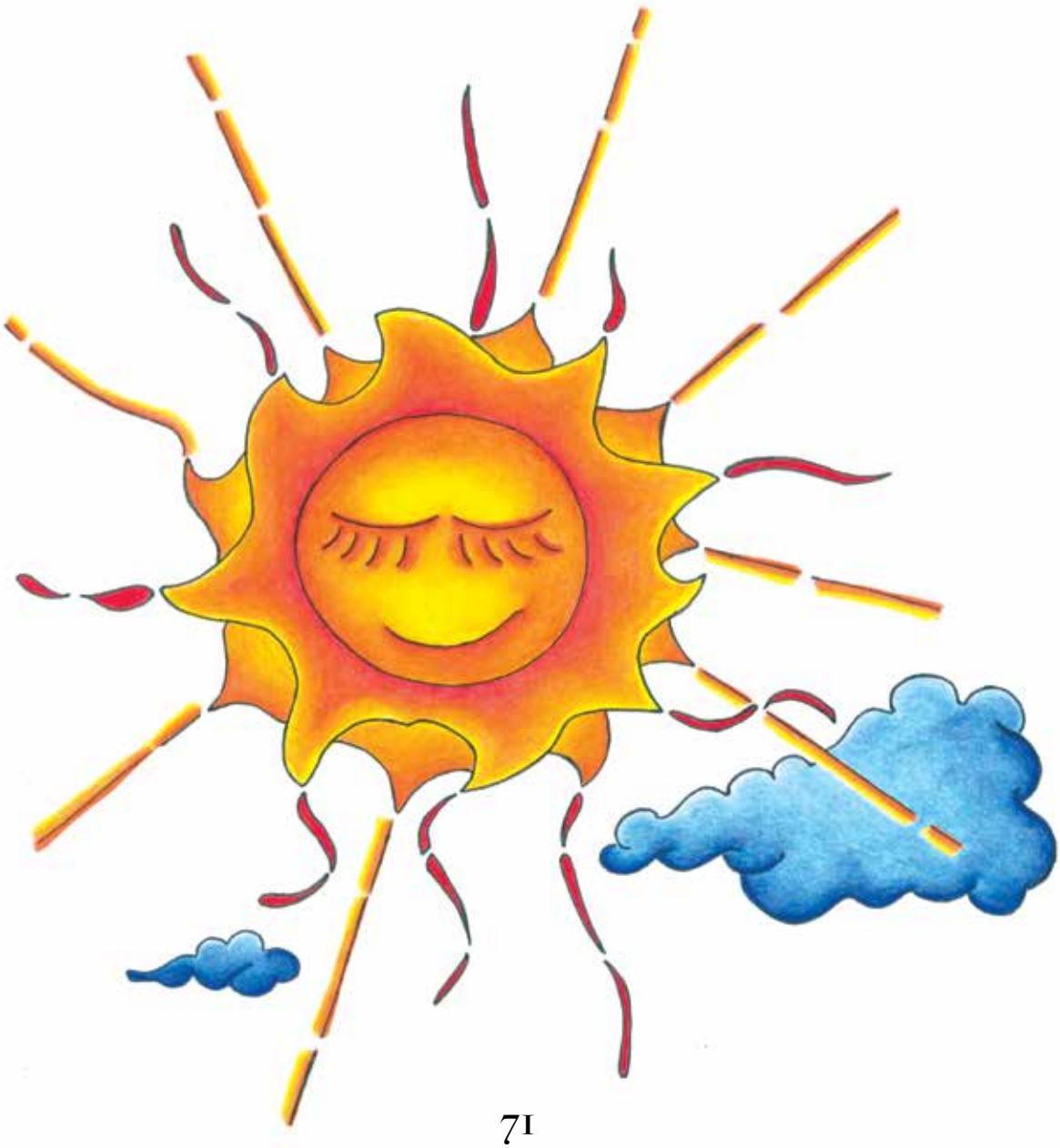
Crepúsculo

Dicen que una angoleta
sobre una nube blanca
abrió al aire su atril.
La pintora
gastó todo su añil
y ahora el cerro está
violeta.



Noche

—Sol: no cierres los párpados,
que mi niño no duerme.



Lucero

Resbaló de las manos
de una nube,
y cayó sobre el cerro.

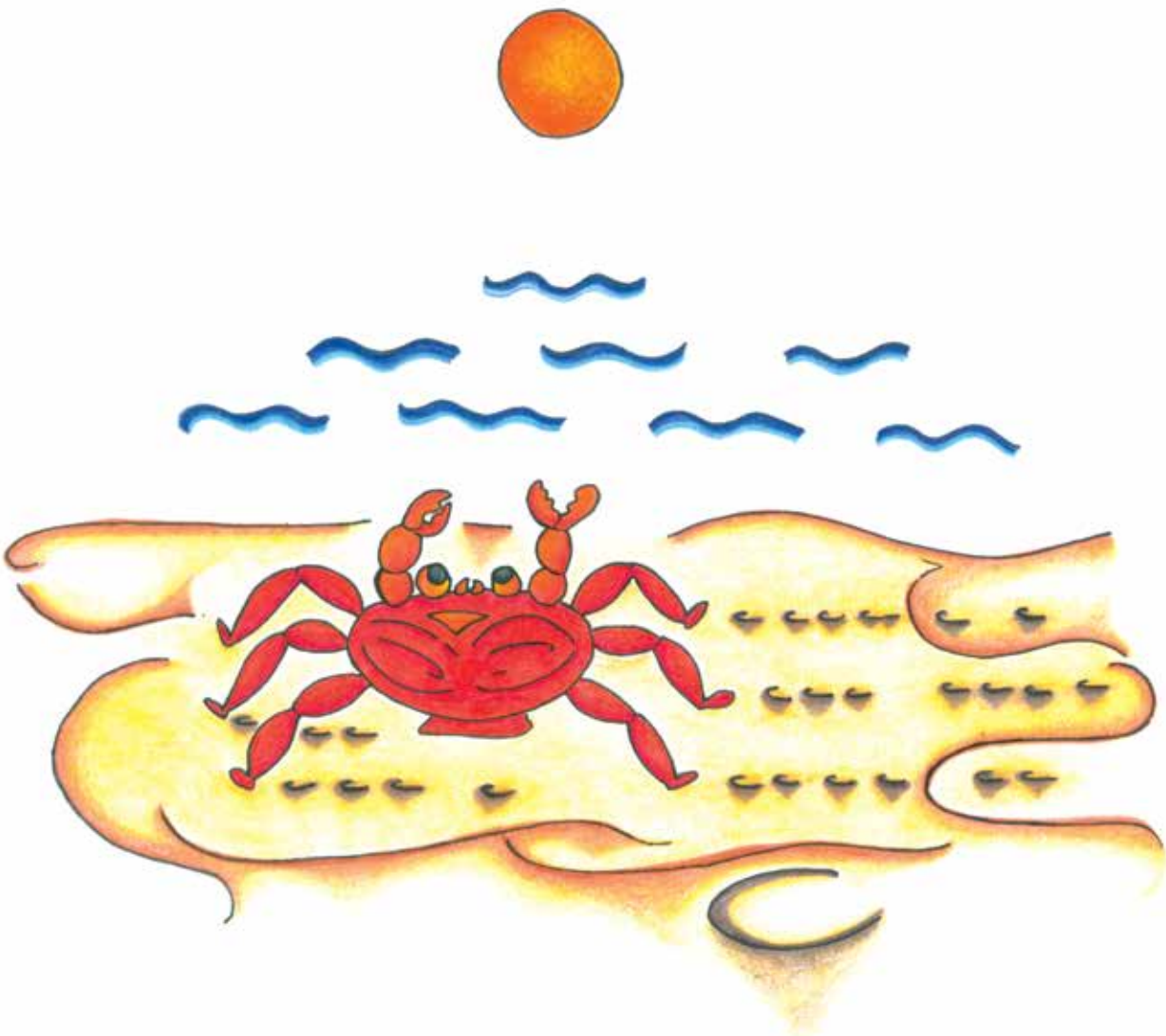
¡Oronda!,
como un Sábado de Gloria,
floreció la retama.

Cuarto menguante

—¡Qué pena!...
La noche ha salido a pasear
con un solo zarcillo
en sus orejas.

Luna nueva

El cangrejito enamorado
miró en el fondo un mediecito de oro.
Cuando la cangrejita abrió su mano
habíase extraviado su tesoro.



Cuarto creciente

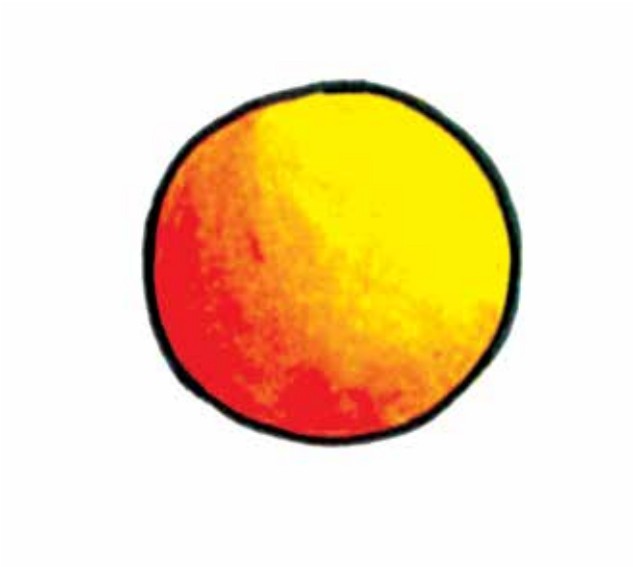
Luna, lunita.
Te miré en el cielo.

Luna, lunita,
te miré en el mar.

Luna, lunita,
te voy a comprar.

Luna llena

Haciendo travesuras por el cielo,
al Niño Jesús se le escapó
su pelota amarilla.



Ardentía

Las sardinitas traviesas
—relámpagos diminutos—
pasean en martes sin luna
el vestido de domingo.

Papagayo

El Niño echó un papagayo
pero reventó el cordel,
y ahora anda por el cielo
corriendo a más no poder.

Caminito de oro

¡Ay, estrella!,
¡si pusieras
tu caminito de oro
al alcance de mis pies!...

¡Ay, estrella!,
si pudiera,
en el anca de una nube
galoparía por el viento,
al derecho y al revés;
y al oído te dijera
que ya nunca más pusieras
tu caminito de oro
al alcance de mis pies.

Luna del malecón

Luce el mar traje de luna
y calcetines de espuma.
Canta su canción de cuna
y se duermen las estrellas.
Y el trespuño, el viejo muelle
con sus diez colmillos negros,
las piraguas, las tirritas...
las cotúas y las gaviotas.

Solo el mar está despierto
estrujando celofanes.
Y el mar canta.
Y el mar juega con la arena.
Y el mar llora.

Y los botes son fantasmas
de carbón,
y es como un gran faro ciego
o un viejo barco encallado,
el farallón.

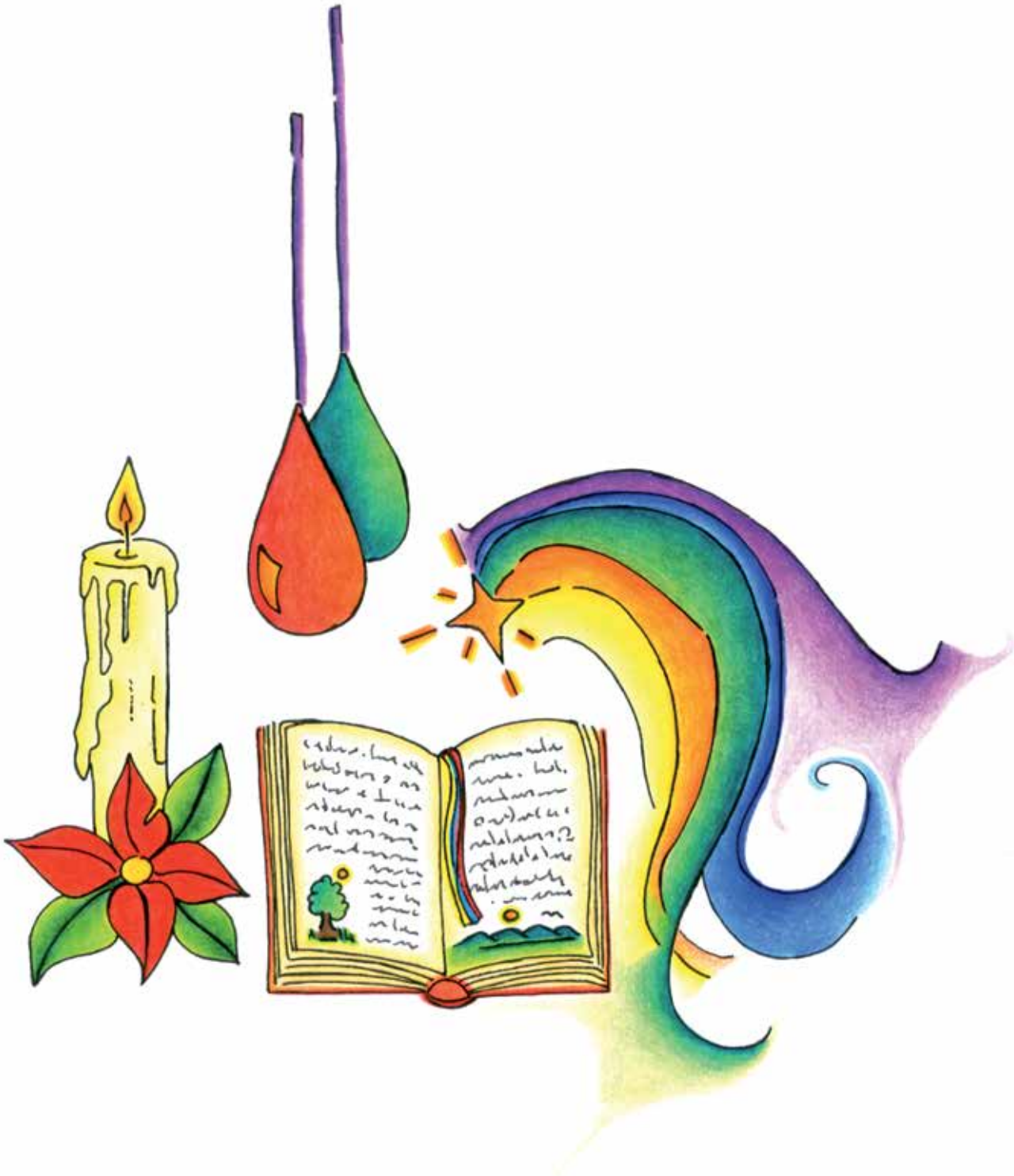
Y la noche pasa y pasa
y al terminar de pasar,
la visión se desvanece

y tan solo queda intacto:
¡el mar!

Exhalaciones

Lanzando sin cesar
cohetes sobre el agua
el cielo
se va quedando ciego.

Había una vez



Había una vez un niño y tres cabritos

Lo encontré más allá de los suburbios. Trepado sobre el cerro donde el pueblo ya ha perdido su nombre. Había dejado atrás los últimos jardines humillados por el límite crucial del envase de lata. Los sombreados patios de las casas donde las amapolas defienden a todo trance su pureza. Las empalizadas donde la celedonia —muy señora, muy reina— despoja sus hojas de todo poder de curación si antes de arrancarlas no se le dan los "buenos días", se le explica el motivo, y se le pide permiso respetuosamente.

Caminaba por entre carcanapires y tuatúas que esperan el Viernes Santo para mirar aunque solo sea por un día el rostro del Señor. Por entre retamas que siempre reniegan de sus cabellos. Deseaba llegar cuanto antes al sitio donde está un gigante viejo desde cuyas espaldas uno puede mirar hasta la última calle del pueblo que amistosamente estrecha la mano del camino real. Y mucho más allá, hasta donde permite el horizonte, que con tanto rigor guarda el secreto de la lejanía.

Entonces, sobre el sollozo del abrojo, por detrás de un cardón que abría sus yaguareyes para un turpial enfermo, lo vi. Todavía era muy niño. Tendría el tamaño exacto de ocho veces mis manos. Su sombrero, arañado por la uña de los juncos, quería irse hacia atrás. Y la raíz fibrosa de su cabello negro recibía los lamidos fugaces del sol y los aromas. Su ombligo —como un ocre lucero— apuntaba desde su estómago, al que no alcanzaba a cubrir por completo la corta camisa de dril

azulado. Y los pies se le escapaban aprisa por las heridas redondas de unos viejísimos pantalones oscuros. En la mano derecha, una varilla larga con la cual deshacía el misterio de las cuevas y terminaba con el reinado de los pichigüeyes.

Y nada más. Su andar. Su humanidad, tan larga, como el tamaño exacto de ocho veces mis manos.

Me le acerqué despacio, inventándole un nombre. (Tres cabritos veloces, delante de sus pasos, se distraían tirándole puntapiés a la brisa).

—¡Pastor!… —grité.

El nombre se metió en el silencio. El niño, como un árbol, se detuvo entre el viento.

—¿Quieres venir con mis canciones?

Los cabritos buscaron el abrigo de su acostada sombra.

Lejos estaba el pueblo. Un perro viejo y ronco lanzándole ladridos a una luna sin luz. La huella de un turpial. El temor de una hoja extraviada en el viento.

Lejos estaba el pueblo…

—II—

Alguien, con mano trémula:

Hoy fallecieron los tres cabritos. Quedaron con las paticas vueltas hacia arriba, como casitas mínimas, en escombros. El niño lloró desconsoladamente y se secó su llanto con el sucio brazo derecho de la camisa de dril, y con el viento. Cuando fue la mañana, formamos una caravana silenciosa. Trepamos por

el cerro hasta el sitio preciso donde habían dado locos puntapiés a la brisa. Lejos del pueblo. Del viejo perro, que sin voz ya, continuaba lanzándole gemidos a una luna sin luz. Lejos de la huella perdida del turpial. Del temor de la hoja extraviada en el viento.

—III—

Diciembre. Pastor con mano trémula:
Mi querido Niño Jesús…

El niño enfermo

Polvo mojado en oro sus bucles derramados. Sobre el cuadrado cuarto puesto de pie, camina, tropezando miradas el aire de la tarde. La cortina se cuelga —sus uñas sin pintar— del cortinero inerte. Y al airecillo ingenuo que mueve sus cabellos, le reprocha. No hay sino un solo sitio para el amor: la pálida armonía del muchachito enfermo.

Alguien mueve una frase con el esfuerzo grande que requiere la tarde para su despedida. Es la tristeza vaga, la tristeza inminente, la inmutable tristeza con su corte de mínimos tapasoles de lágrimas.

Fuera de las ventanas, el sol va levantando sus edificios bruscos. Como una luna llena de pálida tristeza, la carita del niño alumbra el aposento.

¿Quién puede descifrar la razón de su llanto que es delgado riachuelo que abona la querencia?

El niño enfermo.

La mediecita ajada se afana por tomar la dimensión exacta de su pie sin sosiego. Un zapatico muestra su boquita ovalada y en un rincón, tirados, sollozan los juguetes. (El cochecito añora su carretera abrupta. La tortuguita anhela su apresurado andar. Afortunado osito de envejecido oro que se adhiere a la forma de su cálida frente).

El niño enfermo.

Alegre, la tristeza recorre su palacio andariego. Del silencio ha trizado sus endebles cristales, la pertinaz llovizna del sollozo.

¡Quién hubiera creído que el hogar es un niño que sonriéndose vive!

El niño enfermo.

Por tocar sus campanas cuando sonría de nuevo, mi canción volverá.

Navidad para niños inmigrantes

Personajes:
Primer Grupo.
Segundo Grupo.
Tercer Grupo.
Niño Jesús.
(Las nacionalidades pueden adaptarse a los recursos de la Escuela, tal como lo hizo el Colegio Humboldt de Caracas, que estrenó este teatrillo en diciembre de 1961).

ACTO ÚNICO

Escenario:
El decorado debe estar concebido en ambiente y motivos navideños venezolanos: aguinalderos, instrumentos típicos, vendedora de hallacas, etc. A la derecha del escenario, en primer plano, un Nacimiento con un Niño Jesús representado por un chiquillo de unos tres años de edad.

(Se descorre lentamente el telón de boca. El escenario estará iluminado convenientemente a fin de lograr efectos luminosos con los diferentes objetos decorativos. Como música de fondo, alguna conocida melodía pascual, preferentemente la "Canción de Cuna" de Brahms o "Noche de Paz" de Frank Grüber. Una voz, entre bastidores, va leyendo, al tiempo que cruzan lentamente por el escenario, uno tras otro, tres niños trajeados a la usanza

española de la época, llevando cada uno de ellos, una pequeña carabela en la mano derecha, a manera de ofrenda).

VOZ: Al principio las naves que venían del país luminoso donde el sol es un niño travieso, dejaron hombres blancos, que después del rojizo furor de la batalla,

(Los niños trajeados de españoles dejan las carabelas entre bastidores, y toman en cambio casitas coloniales de tejados rojos, y regresan en la misma forma como entraron).

VOZ: *(continúa)*: hicieron casas de tejados rojos que servían de nidal a las palomas. Las altas montañas donde las nubes tejen sus criznejas azules, parecían palomares diminutos donde el amor volaba sus leves papagayos.

(Al concluir la escena anterior, se cambia la música de fondo, por melodías negroides, con sonido de tambores).

VOZ: Después fueron los negros. Venían con sus canciones raras y dolorosas, y en el sordo sonar de sus tambores afloraba una oscura oración nostálgica.

(Desde diversas partes del escenario surgen niños que representan la fusión racial, trajeados a la usanza típica de las diversas regiones del país, portando instrumentos de trabajo y objetos representativos de la actividad que desempeñan).

VOZ: Entonces hubo niños de piel de crepúsculo. Hubo niños de piel de la mañana. De piel de sol ausente. Y siguieron los años volviéndose ceniza. Humo que se despide. Aire que ya no vuelve.

(Cortina musical idéntica a la utilizada al comienzo de la obra. Las luces del escenario, que ha quedado solo, se atenúan dando la sensación de tiempo que transcurre).

VOZ: Otros hombres llegaron mucho después que el fuego. Mucho después que el llanto. Mucho después que el sol de libertad encendió las praderas; que el amarillo y el azul y el rojo se treparon al hombro de los símbolos.

(Se reaviva la luz, se eleva súbitamente el volumen de la música de fondo, y entran, uno tras otro, los grupos de niños inmigrantes, trajeados a la usanza de sus países, y se van ubicando en semicírculo, dispuestos a la ronda. La música de fondo decrece hasta extinguirse).

VOZ: Niños de ojos de océano, pupilas vegetales, con cabellos de mimbre, con nieve andando en piel, petrificada, se asomaron a un nombre: ¡Venezuela! Amiga, hermana, madre y compañera. Niños italianos, portugueses y árabes, prendieron su sonrisa en su costado.

(Los niños, tomándose de las manos, cierran el círculo. Se oye la música de una ronda infantil, mientras los niños a compás, comienzan a danzar).

VOZ: Y a Venezuela en este mes de nieve melancólica, en este mes de luces y canciones, en este mes de hogar y mansedumbre, entonan aguinaldos de cariño, iluminan arbolitos de paz.

(La ronda se detiene. Una niñita se adelanta y recita señalando a cada grupo).

NIÑA:

—Portuguesitos
e italianos,
chiquillos árabes

(¡venezolanos!),

unos a otros
se dan la mano
para ofrendarte
de corazón,
su canto —madre—
que es como un río
de campanitas

que tienen frío
pero que cantan
con emoción.

(Mientras la niña se reintegra a su lugar, el grupo de niños portugueses se adelanta y canta con música de aguinaldo).

NIÑOS PORTUGUESES:

La Virgen y San José
tienen un Niño bonito.
Queremos jugar con él,
con su buey y su burrito.
No le traemos regalo,
apenas un pañuelito
con el que secó la luna
el llanto de un lucerito
que se distrajo jugando
y lo dejaron solito.

(Mientras los niños portugueses vuelven a su sitio, se adelantan los niños árabes y cantan también con música de aguinaldo).

NIÑOS ÁRABES:

Diremos al Rey Melchor
que nos lleve en su camello

a donde está el Niño bello.
¡Iremos de lo mejor!

(Se retiran a su sitio los niños árabes y se adelantan los italianitos).

PRIMER NIÑO ITALIANO:
(recitando):

—Te traíamos
un muñeco de nieve…

NIÑO ITALIANO SEGUNDO:
(continuando la recitación):

—¡Ay!… pero llueve y llueve
y no logramos ver
cómo el ingrato pudo
irse pasito, mudo.

NIÑO ITALIANO TERCERO:
(Concluyendo la recitación, con dramático gesto de desconcierto):

—Buscamos y buscamos
¡y no dimos con él!

(Se retiran los niños italianos. Entran los venezolanos y, entre todos, forman un grupo que se acerca al Niño Jesús. Cantan a coro, con música de aguinaldo, y con ademanes invitan al Niño).

CORO:

De lejos hemos venido
para traerte un cantar.
Tra la la la, Niño bueno,
que el mundo vas a salvar.
Tra la la la, Niño bueno,
ven a la ronda a bailar.

(El Niño Jesús se levanta, entra a formar parte del grupo y con música de ronda todos cantan y bailan).

TODOS:

Bailemos, cantemos,
comamos hallacas,
que el Niño Jesús
toque las maracas.

Bailemos, cantemos
que es noche de paz,
deseamos a todos
Feliz Navidad.

(Deshacen la ronda, se abren en semicírculo y se inclinan saludando al público).

Telón

Epílogo

Poema de los Reyes Magos

GASPAR

—Niño Dios,
aquí te traigo
mis corderos
de algodón
para que corras
sobre ellos
hacia donde
nace el sol.

MELCHOR

—Yo que vengo
de tan lejos,
de cerca
lo quiero ver.
Quiero tocar
sus cabellos,
quiero la estrella
encender.

¡Yo he venido
de muy lejos

solo por jugar
con él!

BALTASAR

—Nada te traigo,
amiguito.
Nada te pude
traer.
Solo tengo
en el bolsillo
lo que tú
debes tener:
un pedacito
de espejo
y un trompo
con su cordel.
Atrapé
una mariposa
y una flor
se echó a llorar,
se destiñó
el arco iris
y me dijo:
—¡Eso está mal!

Nada te traje,
amiguito.
¡Pero te vine
a mirar!

Bajo la estrella
encendida
sobre el portal
de Belén,
tres Reyes
rinden tributo
a un niño,
a un ángel,
a un rey,
¡en un palacio
de paja
junto a una mula
y un buey!

Índice

Fuga de papagayos

La lavandera 12
Está enfermo el abuelito 13
Pregonero 14
Pango, el viejo marinero 15
De la mano hacia la escuela 16
Cometas 18
Humo 19
Muñequita 20
Aguja 22
Reloj de pared 23
Lluvia 24
Bandera 25
Estrella marina 26
Cayuco 27
Brisa 28
Atarraya 29
Calma chicha 30
Luna del puerto 31
Faro 32

Botecito de hojalata 33
Las tres barquitas 34
Canción de cuna 36
Ruego al Niño Jesús 37
Cancioncilla de Navidad 38
Villancicos 41

Jardín zoológico

Nasa 44
Amor 45
Canción del pollito 46
Ostra 47
Erizo 48
Gatico 49
El morrocoy 50
El cardenal 51
El becerrito 52
Animalitos de azúcar 53

Jardín botánico

Palma 56
El cují 57
Hoja 58
Pino 59

Poemitas geográficos

Promontorio 62
Delta 63
Archipiélago 64
Istmo 65
Cerros 66
Mapa 67
Travesía 68

Ciclo sideral

Crepúsculo 70
Noche 71
Lucero 72
Cuarto menguante 73
Luna nueva 74
Cuarto creciente 75
Luna llena 76
Ardentía 77
Papagayo 78
Caminito de oro 79
Luna del malecón 80
Exhalaciones 82

Había una vez

Había una vez un niño y tres cabritos 84
El niño enfermo 87
Navidad para niños inmigrantes 89

Epílogo

Poema de los Reyes Magos 98

EDICIÓN DIGITAL
OCTUBRE DE 2018
CARACAS · VENEZUELA

Matarile

(Poesía para niños) 1952-1966

De esa tibia orilla que llamamos poesía nace este bellísimo libro. Viene el Matarile cabalgando, soñando, jugando. El Matarile es palabra hecha ternura, es ternura hecha gaviota y gaviota hecha peñero de luz. De la misma luz que bebió el poeta niño, el poeta Efraín para tejer abuelitas de la playa, para bordarle corocoros de luz a Margarita, para pintarle a los niños un puerto donde llegar. Del Matarile saldrá el sol manso, el caracol y el cocuyo de la mar. Entonces Matarile animalito del monte, "cotúa sin brújula" pajarito fugaz, pececito del río vamos a jugar a ser canción y poema. Suelta por ahora el ancla en los rastros de la mar.

Efraín Subero (Pampatar, Estado Nueva Esparta, 1931-Caracas, 2007). Poeta, escritor, educador y académico. Maestro de educación primaria urbana graduado en la Escuela "Miguel Antonio Caro" de Caracas, licenciado en Letras de la Universidad Central de Venezuela, doctor en Letras por la Universidad Católica Andrés Bello. Fue colaborador de páginas literarias de los diarios *El Universal* y *El Nacional* de Caracas, y de la *Revista Nacional de Cultura*. Fue declarado Individuo de Número en la Academia Nacional de la Lengua. Miembro activo y honorario de numerosas instituciones en el país y en el extranjero, debido a la intensa labor intelectual que desarrolló.

Hanneke Wagenaar (Wageningen, Holanda, 1963). Fotógrafa, diseñadora, promotora cultural, escritora, traductora, ilustradora e investigadora. Articulista en las revistas *Red Planeta Tierra*, *La Mancha Impresa* y *A Plena Voz*. Sus ilustraciones han aparecido en el libro *Makunaima en el valle de los Kanaimas* (2000) de Lino Figueroa y en la revista *Red Planeta Tierra* del Ministerio del Ambiente. Es autora de la monografía *Fray Cesáreo de Armellada* (2009) y por nuestra casa editorial de *Pandón Ekamanín* (Cuentacuentos), que también ilustró. Ha realizado trabajos de investigación de campo sobre la etnia pemón kamarakoto y la creación de títeres en la misma comunidad en el valle de Kamarata (estado Bolívar).

Gobierno Bolivariano de Venezuela
Ministerio del Poder Popular para la Cultura

9 789801 443346